

La declaración de Quito

EL reciente viaje del presidente Adolfo Suárez a Iberoamérica culminó en Quito el pasado fin de semana con la firma de una declaración junto con los presidentes de Venezuela, Colombia, Ecuador y Costa Rica «a favor de la institucionalización de la libertad y la democracia en el Continente», cuyo texto íntegro publicamos en nuestra edición de ayer.

En tal declaración se afirma que «el reciente tránsito hacia la instalación de gobiernos constitucionales» en Iberoamérica se produce tras las sucesivas frustraciones de los pueblos del Centro y Sur continental en manos de gobiernos dictatoriales. Los cuatro presidentes iberoamericanos y el señor Suárez dicen que «sólo las instituciones auténticamente representativas son las adecuadas» para promover y facilitar la paz, la justicia, la libertad y el respeto a los derechos humanos. Por tanto, se muestran acordes en alentar y promover los procesos democratizadores en la medida de sus fuerzas. La declaración obtuvo la solidaridad de los cancilleres de Perú y Bolivia, países todavía inmersos en el mencionado «tránsito hacia la democracia».

Una primera reacción derivada de la firma del señor Suárez junto a la de los cuatro jefes de Estado iberoamericanos es de cierta sorpresa, porque parece al menos curioso que el jefe del Gobierno español se solidarice en un documento con los máximos representantes de cuatro países de Iberoamérica sobre asuntos que atañen única y exclusivamente a aquel Continente, en lo que algunos seguramente interpretarán como el nacimiento de un «nuevo bloque» de características tan ambiguas como probablemente fugaces. El señor Suárez es un hábil político, un admirable estratega y un notable gobernante. Quizá resultase excepcional que, además, fuese también un diplomático consumado. Contra esta hipótesis puede situarse el hecho de que no haya soslayado una declaración que, si bien agrada a ciertos gobiernos del Continente, molestará en vano a otros que se consideran tan democráticos y representativos como el que más. Apoyar una determinada fórmula política —por respetable que sea— en detrimento de otras que están vigentes y vivas puede ser una inteligente maniobra cara a la clientela interior, pero no creemos que favorezca la solidez de la imagen de España en la diversa América. Una imagen que, como el propio Juan Carlos I ha dicho más de una vez, debe colocarse por encima de las políticas coyunturales o de los regímenes, porque se basa en una lengua, una cultura, una raza y una herencia comunes.

Dada la evidente fragmentación ideológica de Iberoamérica y el imprevisible desarrollo político de sus pueblos en el futuro, nos parece una imprudencia de menor cuantía apostar por una determinada (y bastante ambigua) fórmula política, por muy representativa que se considere. Además, ¿qué sentido tiene equiparar a la bisoña democracia ecuatoriana con el «bipartidismo a la colombiana»? ¿Qué parentesco puede establecerse entre el también «bipartidismo» venezolano y la «democracia ejemplar» costarricense? Las diferencias existentes entre las realidades políticas de Venezuela, Ecuador, Costa Rica y Colombia son considerables, aunque los cuatro países consideren que comparten «instituciones auténticamente representativas», opinión que también sostienen sobre sus respectivos regímenes países tan dispares como Brasil y Cuba.

Es muy posible que la «opción de Quito» constituya un precedente poco favorable para los ambiciosos proyectos españoles en Iberoamérica. Nuestro país desea —y debe— desempeñar en el Continente un papel parecido al que Francia desarrolla entre el bloque de Estados francófonos africanos o Gran Bretaña en la Commonwealth. Si esto es así, ¿se imaginan ustedes al señor Barre firmando una declaración, en Dakar en la que se potencie los «regímenes representativos» africanos con el apoyo de Costa de Marfil y Togo? ¿Qué dirían si mañana la señora Thatcher firmara en Lusaka un documento por el que animara a los países anglofonos «frustrados por dictadura» a que sigan el modelo político vigente en Tanzania y Zambia? Resulta, en efecto, poco imaginable una situación parecida, entre otras razones porque la supervivencia de ambas comunidades internacionales sería difícil de mantener. La aceptación de la diversidad de regímenes, el respeto y la no ingerencia en los asuntos internos de cada país han facilitado sin duda cuanto franceses y británicos han hecho fuera de sus respectivos países.

La presencia de España en Iberoamérica sólo podrá fortalecerse con una política neutral (que es muy diferente, por

Tras un largo silencio

Las sorpresas de Guinea Ecuatorial

CUANDO lleguen a publicarse estas líneas, lo más probable es que la revuelta militar contra el llamado presidente Macías y sus anécdotas hayan pasado ya de actualidad. Cada día trae sus noticias y éstas desplazan a las del día anterior. ¿Quién se acuerda ahora del boxeador Amin, por ejemplo? Si los que fueron sus desdichados súbditos; nosotros, ante una remota página de periódico o un reportaje filmado en la tele, veíamos los toros desde la barrera, y al cabo de un par de meses el feroz y gigantesco dictador negro, tan alarmante en el poder, se nos ha convertido en un fantasma más de las pesadillas históricas. Lo mismo, quizá, el señor Macías. En este momento, desde luego, apenas nos interesará su peripecia, si no es para lamentarla con el gesto automático que nos sirve para «solidarizarnos» emotiva y fugazmente con las víctimas del «tirano». Otros episodios llamarán nuestra atención. Sólo que... Poco o mucho, todos sabemos algo de las barrabasadas cometidas por Amin y por diversos otros líderes indígenas de la descolonización africana, supuestamente «socialistas» no pocos de ellos, mientras que las actividades de Macías nos habían sido ocultadas con premeditación y alevosía, y con Dios sabe cuántas agravantes más. ¿Por qué? ¿Y por quién?

Este podría ser el tema de la presente nota, y no los «hechos» concretos ocurridos en la Guinea Ecuatorial. Bien mirado, por mucho que uno se despegue de la tradición colonialista española, incluso considerándose personalmente ajeno a ella por razones privadas que no son del caso —o sí, y me las callo—, no puede eludir un cierto remordimiento ante el problema. El colonialismo tiene esto de amargo: que no sólo son «culpables» o «beneficiarios» los oligarcas de la explotación del «negrito» y su territorio, sino que también todos los demás, sin descartar la extrema izquierda proletaria, el pasota, el nacionalista disidente, el mismísimo hombre de la calle anodino que ignora en qué punto del mapa se sitúa Guinea e inclusive que Guinea existiese, la pequeña multitud ácrata, todos, insistió, participó de la responsabilidad de la Metrópoli. ¿O es que un «prolo» francés, de plena militancia anticolonialista, entonces quizá marxista-leninista, no era un parásito de Argelia, un secreto aliado de la OAS, un «patritard» que estaba conforme con colocarles

a los árabes norteafricanos el idioma francés, la mitología de Juana de Arco y Robespierre, los gloriosos textos de Rabelais o de Voltaire? Y no eran «pied-noirs». Nuestros propios «pieds-noirs» —valencianos y mallorquines (o menorquines) la mayoría— entraban en el juego.

Pues eso: ¿por qué el embrollo que precedió y siguió a la independencia de la Guinea, último jirón del Imperio, nos fue oficialmente escamoteado? La pregunta del «¿por quién?» tiene más fácil respuesta, en apariencia: por las covachuelas de los ministerios de Madrid. Pero eso es como no decir nada. En las covachuelas de Madrid, como en las de todo el mundo, el funcionario de turno siempre es un «mandado»: cumple órdenes y se encoge de hombros. El reproche ha de alzarse hasta los mandamases supremos: los del franquismo, los de la broma de la «transición», los más recientes. Ellos decidieron el «secreto» de lo relativo a la Guinea ex colonial, hija de la Madre Patria, sin duda. La prensa celtibérica apenas dio información de lo que acontecía. Fueron lacónicos, agencias y subsecretarías de por medio, los partes que avisaban de determinadas crispaciones diplomáticas entre España y la Guinea de Macías. El interrogante sigue en pie: ¿por qué se impuso ese silencio sistemático? Sentados en sus escaños los diputados y los senadores del hipotético «antifranquismo», ¿quién levantó la voz para romper el siglo decretado por Fraga o por Carrero Blanco? Tal vez lo hizo alguien, y me excuso de no recordarlo. Pero, si alguien lo hizo, no fue con excesivo empeño. Hoy, con la caída de Macías, empezamos a descubrir el desastre guineano.

Importa conocer a quién no le interesaba que la población del Estado español se enterase de la calamidad colectiva que el presidente Macías infligió, ante todo, a sus paisanos: a los «nativos». Las cifras de la represión asesina, de la devastación económica, del descenso demográfico, que se están facilitando ahora aquí, puede que las supiesen —y las sabían, ¡claro está!— en las altas esferas políticas de la Monarquía y, a través de estadísticas y reportajes publicados en Europa que alguien recibía, unos cuantos curiosos de la política internacional. Los demás nos quedábamos —nos quedamos— «in albis». Repito el ¿por qué? y el ¿por quién? ¿Por qué y por quién

se callaban, ante los ex colonialistas, los excesos de tortura, de francachela familiar, y extrafamiliar, de imbecilidad económica, que protagonizaba ese Macías? No lo entiendo. Y estoy seguro de que se puede entender. Las aberraciones latinoamericanas durante dictatorialmente no encontraron reservas en la información. Ni el resto de África. Ni mucho menos el Este socialista. El «gulag» de la URSS es más aparatoso que el africano: racistas que somos. Proporciones guardadas, y sin intelectuales notorios que ofrecer, las matanzas de las dictaduras ex coloniales del Tercer Mundo, dejan chiquito a Stalin. Y a Hitler.

¿Pero qué es un «negro»? Un «negro», por lo que se ve, es un individuo tan despreciable para su jefe de estirpe —y tan negro como él— como para el antiguo blanco traficante. Me temo que, tal como va el asunto, los negros están sufriendo matanzas y esclavitudes tan duras, emanadas de la «negritud» feudal descolonizada, como las que imponía el colonialismo. Amin, Macías, Bokassa, han matado más negros que blancos... Lo sorprendente, en definitiva, es que, destituido Macías, Madrid haya enviado a «su» Guinea medicamentos, comida y, sobre todo, embajadores, directores generales, y personajes así. No habrá de extrañarnos que los «señoritos» andaluces del PSA se olviden de poner el grito en el cielo. O los sindicatos habituales, que suelen ser poco cautos. Las fauces colonialistas son insaciables, y alguien cae en la trampa. Todos. Si el Estado tiene algún duro para remediar miserias —pocos duros—, ¿se irá antes a Guinea que a Extremadura, Andalucía, Galicia? Y que nadie venga con el cuento de la «caridad cristiana». Mis respetos por los guineanos, máximos. Y más, si se han echado de encima a Macías. Pero me mantengo en mi escepticismo respecto a lo que manipulan en Madrid. ¿Quiénes? Los mismos que impulsaron el «top secret». No hace falta ser un economista titulado para olerlo. Sugiero que el contribuyente esté al tanto: lo que se dedique a Andalucía, la rica y frustrada Andalucía, pongo por caso, y lo que hagan por Guinea. ¿Como una recuperación colonial? Andalucía es una «colonia» segura. Guinea, no.

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

LO QUE FUE EL «MAQUIS» EN LA SIERRA DE LUGO

Señor Director: El día 5-VIII-79, en el programa «Fantástico» de TVE, el señor Lucas Reguilón logró la cuadratura del círculo: dijo que había sido del maquis y que no había matado a nadie. ¿Cómo hacía la guerrilla? ¿Con balas de chocolate o de confetti? Yo puedo refrescarle la memoria, que parece la tiene un poco atrofiada. Ya que dijo que estuvo en las Sierras de Lugo, es posible que usted sea el foliado de mis recuerdos infantiles. Nací en 1936 en la lucense Sierra de Caurel, nido de los maquis hasta su desarticulación pasado el 56. En ese período de mi niñez viví siempre sobresaltada por culpa de ustedes, que atacaban los pueblos y aldeas al filo de la medianoche, quemando toda vivienda donde oían llorar a un niño o descubrían algún vestigio de vida. Mandaban primero espías por el día para saber qué casas estaban habitadas, ya que por ser todas ellas muy pobres se confundían con los pajares, y ustedes iban a matar a lo seguro. Al entrar en los pueblos tocaban una trompeta. Si la gente desparvoria salía de sus casas para huir a las montañas, ustedes, diseminados por el pueblo, lo ametrallaban impunemente. Así murieron varios familiares míos. Si no salían, como los espías ya habían tomado nota, les prendían fuego a las casas. En mi aldea mataron a mucha gente, todos pobres y sencillos, sin nada que ver con la política, gente que pasaba hambre, que para quitarse el hambre tuvieron que emigrar. Pero ustedes también mataban a los emigrantes y los colegiales; así, el 16 de abril de 1950 bajaba un coche de línea cargado de niños pobres, algunos de orfanatos, ya que sus familias no podían mantenerlos, que regresaban de pasar las vacaciones de Semana Santa, y emigrantes que huían de la miseria, y ustedes los asaltaron en el Alto del Bou, en la Sierra de Caurel, y los ametrallaron a todos. ¿Esa es la humanidad de que usted se precia? Ustedes no iban a robar, sólo iban a matar. Dice usted que en Lugo todos lo querían. Ya lo creo, sobre todo

su cabeza, se lo digo yo, que soy de allí. Pregunte por el maquis a la gente que vivió aquello en Chantada, Villasibil, Folgoso, Seoane, Sobrado, Ferreiro, Villarbacú y otras muchas aldeas de la Sierra de Caurel. Allí le darán la respuesta adecuada.

Helida FERRERIAS FERNANDEZ

EL EJEMPLO DEL AYUNTAMIENTO DE SOLSONA

Señor Director: He leído en «La Vanguardia» que los ediles del Ayuntamiento de Solsona ceden sus sueldos a la Asociación de Miusvalidos.

Ramón RIU SUBIRANES

LA TELEVISION EN CATALAN, VISTA POR UN MALLORQUIN

Señor Director: Supongo que esta carta no será publicada, de acuerdo con la norma general por la que se rigen ahí en Cataluña, según la cual todo lo que hacen está bien hecho. Pero yo necesito expresar mi opinión y la única forma de hacerlo es desde las páginas de un periódico. Y «La Vanguardia» es de los más prestigiosos. Quiero referirme concretamente a un programa de la Televisión catalana. Yo soy un entusiasta de casi todo lo que se emite desde los estudios de Miramar. Sobre todo, de los espacios dramáticos, en los que en un 99 % entre adaptadores, decoradores, realizadores e intérpretes —todos magníficos— consiguen unos resultados absolutamente brillantes, que dan ciento y raya a todo, o casi todo, lo que se emite desde Prado del Rey. No se trata únicamente de esa delicia reciente de «Festa amb Rosa M.ª Sardà» o aquella espléndida lección de buen hacer que fue «La Dama de las Camelias». Me refiero también a «Bearn», a «Fedra», a «L'Amoreta d'en Plu» (¿se escribía así?), a «Els Condemnats», a «Bernavem a les fosques», a «Terra d'escudellà» (por supuesto), a «Las Bostonianes», a «Pilar Prim»... la lista sería interminable. Cada espacio, por humilde que sea, saben convertirlo en una pequeña (¿) obra de arte. A pesar de que un catalán tan... académico nos resulte a veces demasiado difícil para nuestros oídos mallorquines y, de vez en cuando, se nos escapen algunas palabras y su significado. Ustedes, con nuestra manera de hablar apenas tienen problemas porque casi nunca se ven en el caso de tener que escucharlo. Incluso el «corresponsal a las illes» parece fiel a la férrea consigna de expresarse en rigoroso catalán y prescindir de nuestra forma particular de hablar en las islas. Pero en lo que creo que se están excediendo es en el actual programa semanal «Cinema a l'Abast». Está muy bien que fomenten y protejan lo catalán. Es su deber como buenos hijos de Cataluña. Pero no hasta el punto de traducir todos y cada uno de los muchos títulos de películas a que hacen referencia en cada uno de dichos programas. Ahí sí que creo que se pasan de la raya: Esta actitud sólo puede quedar justificada cuando se refieren a películas estrictamente catalanas, como «María Rosa», «L'Orgia», «La Ciutat Cremada», «L'Obscura Història de la Cosina Montse», etc. a pesar de que todas estas cintas tengan también sus versiones castellanas. ¿A qué viene ese afán de rebautizar las películas extranjeras que hemos oído en castellano, leído su publicidad en castellano, y que nos han quedado a todos en la memoria en castellano? Así, el programa se convierte en un insolito alarde de catalanismo, no de charla sobre la historia del cine, que es de lo que se trata. O sea, que constantemente nos desconcierta con títulos que jamás han existido. Cuando esperamos que nos hablen de «Pasión de los fuertes», «Solo ante el peligro», «Los caballeros las prefieren rubias», «Cantando bajo la lluvia», «Amame esta noche», y cientos más de títulos, nos salen con «Passió dels forts», «Sol davant el perill», «Els homes s'estimen més a les roses», «Cantant sota la pluja», «Estimem aquesta nit», etcétera, etcétera. Para colmo, incurren también en el mismo error en que invariablemente han caído siempre en Madrid. Al referirse a «El Cantor de Jazz» nos citan a su protagonista Al Johnson, sino que inventan un Al Johnson que nunca fue. ¿O es que nadie se ha molestado en comprobarlo con las recientes emisiones de la propia «El Cantor de Jazz» o, posteriormente, de «Wonder Bar»? Para broche final, nos prometen unas imágenes de «Funny Girl», mientras nos ofrecen un fragmento de «Funny Lady», a la que no se cita para nada. Según este criterio, es de suponer que en el futuro, si han de referirse a «Los pájaros dirán «Els pardals» (que en mallorquín sonaría de lo más grosero); que en vez de decir «Mujercitas», dirán «Donetes», ¿no comprenden que eso es complicar innecesariamente las cosas? Si quieren seguir difundiendo el catalán, lo mejor sería resucitar aquel estupendo programa que fue «Català amb nosaltres», cuyo interés y amabilidad era indiscutible. Pero no arremeter contra el castellano —que

también tiene su belleza— de un modo tan radical.

Juan VANRELL TOMAS

EL PARADOR DE LA SEU D'URGELL

Señor Director: El periódico que usted dignamente dirige y del que somos suscriptores, en el apartado «Fin de Semana», que firma el señor Bettonica, sobre La Cerdaña, figuran con el evidente deseo de servir de información los distintos alojamientos de la zona.

Observamos que, a pesar que en su día dieron ustedes la noticia de la puesta en marcha de este Parador Nacional de la Seu d'Urgell, no figura en la citada relación.

Me permito informarle que nuestro establecimiento dispone de 57 habitaciones dobles, 24 individuales, 2 habitaciones con salón o medias suites, y una suite compuesta de dos dobles con salón, climatizadas. También, el Parador, posee garaje y piscina climatizada.

Nuestros precios son 2.195 pesetas habitación doble; 1.595 habitación individual; 3.500 la media suite y 5.000 la suite, la piscina es gratuita y la plaza en el garaje es de 100 pesetas diarias. El precio del desayuno es de 140 pesetas y el menú 595 pesetas.

El precio de habitación tiene el autorizado incremento de un 15 % desde el 10 de julio al 10 de septiembre. Nuestro teléfono es el 973-352000.

Fernando TORRES SERRANO

UN HOLOCAUSTO INCRUENTO

Señor Director: Quiero denunciar desde aquí un holocausto que se perpetra todos los días en los medios de difusión españoles: me refiero al del pobre artículo determinado, el o la, antepuesto a nombres de países que en castellano lo han llevado siempre. Ya no es más el Perú, sino Perú; ya no es más el Brasil, sino Brasil. De la noche a la mañana, hemos adoptado la gramática inglesa, pues en inglés, efectivamente, estos países se escriben Perú, India y Brazil, sin artículo, y nosotros nos dedicamos a perseguir al pobrecillo artículo con una saña digna de los nazis contra los judíos. ¿Qué nos ha hecho el intensivo «el»? En su furor persecutorio, los redactores a veces se pasan. Lei el otro día en su periódico una nota suscitada por los recientes incendios forestales, en la que por dos veces se escribía Riella de Fal, en vez de Riella del Fal, que es como debe ser. Un poco más adelante se citaba, correctamente, a Sant Miquel del Fal, con cuyo artículo no se atrevió el redactor, sin duda por tratarse de lugar tan conocido e ilustre. ¡Piedad para el pobre, desamparado y perseguido artículo, señor Director! Evitemos este nuevo paso hacia el «Spanglish».

Antoni RIBERA

supuesto, de «no alineada»), imaginativa y multipolar, que no privilegie a unos países en detrimento de otros, sean cuales sean sus regímenes o sistemas. Esta política exige medios. Y hasta ahora se diría que no han sido precisamente abundantes. España no tiene una amplia presencia práctica en el Continente y en esas condiciones —pese al capital de prestigio, simpatía y solidaridad de que goza en aquellas tierras— no es fácil que su voz sea atendida. Impulsar con tenaz paciencia una cooperación económica, cultural, técnica, militar y científica constituye una clara prelación. Ya habrá tiempo y ocasión para lo demás.